



DIARIO POLITICO INDEPENDIENTE

Sábado 6 de Agosto de 1898

Núm. 1669

LAS CONFERENCIAS

Los ilustres personajes que han desfilado por el despacho del presidente del Consejo guardaron el mayor silencio con los periodistas que pretendieron averiguar cuáles habían sido sus opiniones en los puntos consultados por el Sr. Sagasta.

Solamente el Sr. Romero Robledo, juzgando sin duda que el silencio no es necesario en estas cuestiones, se expontaneó con los reporters, enterándeles de que era partidario de la continuación de la guerra, y así se lo hizo saber á su interlocutor.

Más tarde, y en una conferencia con un redactor de un popular diario republicano, expresó el ex ministro conservador las mismas ideas que había expuesto al jefe del Gobierno y según las cuales, es de opinión que aquél debe dejar la gobernación del Estado á los que se encuentren dispuestos á continuar la guerra aprovechando los elementos que resten para conseguir por tal medio una paz honrosa.

No queremos hacer la crítica de esta y otras opiniones expuestas por el elocuente exministro, pero creemos que no han de hallar eco en la opinión general del país, que sólo desea una paz honrosa, comprendiendo que después del aspecto que han tomado las cosas podrán ser muy simpáticas ciertas gallardías, pero tienen el inconveniente de no estar autorizadas por la realidad de los hechos.

De los demás personajes consultados con el mismo objeto, creemos que habrán estado conformes en aconsejar la paz, después de estudiar las mejores condiciones en que aquella pueda ser conseguida por España.

No creemos tampoco aventurado suponer que todos habrán procurado hacer constar al Gobierno que salvan la responsabilidad de las decisiones ministeriales, toda vez que ellos han dado su opinión partiendo de la situación creada, que difícilmente puede prometer grandes resultados.

De todos modos y conocida la respetabilidad y patriotismo de los hombres llamados á consulta, no consideramos perdida la labor de estos días por la cual se habrá podido enterar el Gobierno de cuáles son las opiniones del país en el asunto objeto de la resolución del Gabinete.

De desear por todos es que la habilidad y el acierto acompañen en su obra á los hombres en cuya manos está hoy la suerte de la patria. Reconocemos su patriotismo y pidámosle desde el fondo de nuestra alma que vaya acompañado del mayor acierto posible único medio de hacer menos triste el fin de estas calamidades que afligen á

este infortunado pueblo, digno indudablemente de mayores prosperidades.

UN ERROR JUDICIAL

Tan propensos al error son los fallos de la justicia humana, tan frecuentes casos registra la historia de inocentes sobre los que la fatalidad acumuló pruebas, al parecer tan irrecusables, que el fallo condenatorio de los jueces fué acogido con visibles muestras de aprobación de la vindicta pública, que bien merecen alguna atención los casos en que ocurre una duda, por pequeña que ésta sea, cuando se trata de condenas por su índole no admiten una reparación posterior.

Basta la sospecha de que una equivocación, puede llevar al patíbulo á desdichados que tal vez no hicieron nada para sufrir tan afrentoso é irremediable castigo para que por encima de todo rutinario formalismo se busquen medios que dejen la verdad tan clara y patente que nadie, absolutamente nadie, pueda dudar de ella.

Un caso de estos se ha presentado en estos momentos.

La Audiencia de Valencia, entendiéndolo en causa de asesinato, pronunció no ha mucho su fallo imponiendo la pena de muerte á los hermanos Vicente y Francisco Pérez Gutiérrez.

En recurso de apelación acudieron los sentenciados al Tribunal Supremo, y éste ha confirmado la sentencia.

Pero en los autos hay dos datos muy dignos de tenerse en cuenta.

El primero de ellos es una instancia ó solicitud firmada por el cura párroco, el coadjutor, y el juez y fiscal municipales, el alcalde, y secretario del Ayuntamiento, y cien vecinos del pueblo de Poderoso (Cuenca), en que bajo su honrado é irrecusable testimonio, afirman que los condenados Vicente y Francisco Pérez Gutiérrez, se hallaban la noche del crimen en aquel lugar, que dista más de diez leguas del en que ocurrieron los asesinatos motivadores de la sentencia.

El otro es la declaración de una mujer que en el acto del juicio designó como autores del delito á otros sujetos, sin que por ello la Audiencia, suspendiendo el juicio, mandara instruir la información que debía esperarse.

De llevarse á la ejecución el riguroso fallo, sin depurar debidamente la verdad que pueda haber en los extremos indicados, será dejar una terrible duda, de que ya somos los primeros en iniciar.

Y la justicia, para que sea tal y como á tal se respete, no debe dejar empañados sus fulgores por la más leve nube, que si grande y más que humana parece cuando rehabilita al que todas las apariencias condenaban, se empequeñece y hace repulsiva cuando al cabo de tiempo tiene que confesar que dejó caer con irreflexivo desacierto todo el peso de la ley sobre un inocente.

Horrible catástrofe

El aspecto que presenta Villamediana es tristísimo.

Los vecinos no hacen otra cosa que llorar y lamentarse.

El pueblo y el campo son una inmensa laguna de agua y fango. Se cuentan detalles horribles. Una madre que había dejado en casa dos hijos pequeños, al volver vió por una reja que las aguas habían inundado la habitación y que las infelices criaturas habían perecido ahogadas.

El vecino Elviro Fernández también ha perdido dos hijos.

Al arrastrar las aguas por completo su casa, entre él y su mujer consiguieron salvar milagrosamente ocho de sus hijos; pero no pudieron evitar que perecieran en el hundimiento dos de ellos, un joven de veintidós años y un niño de corta edad.

Además pereció otra niña que se había refugiado allí.

Entre los enterrados y aún no sacados de los escombros de las casas destruidas pasarán de cincuenta las víctimas que hay en Villamediana y Torquemada.

Las casas hundidas son más de cuarenta y según cálculos de los ingenieros, caerán otras sesenta.

En la casa de Villamediana habitada por Felipe Llanas había seis muertos.

Un torrente de más de cuatro metros de anchura que cogía toda la plaza calles contiguas, que es el sitio que más ha padecido, la derribó en pocos segundos.

Los muertos eran el dicho Felipe, su mujer Eduarda Maté, con quien hacía un mes que se había casado, el niño Manuel Maté, y otros.

En una panera contigua han perecido apastados una joven, Antonio Fernández, su mujer y un hijo de estos últimos.

En la casa de al lado un niño de cuatro meses que se encontraba en su cuna no pudo ser salvado á pesar de los esfuerzos hechos para conseguirlo.

Otros hundimientos han causado la muerte de varias personas.

Estos cadáveres y los que se sacan del río son llevados á Torquemada, donde se cuida de su perfecta identificación.

Una pobre anciana se la vió en su casa por una rejilla, momentos antes de hundirse su vivienda, arrodillada ante una estampa de la Virgen, rezando y llorando.

Su cadáver no ha podido ser todavía extraído de los escombros por falta de brazos.

El vecindario todo está amilanado y aturdido, no pareciendo darse en toda cuenta de la desdicha que sobre todos pesa.

Al día siguiente al infausto de la tormenta volvió á llover copiosamente, produciendo la alarma que es de suponer.

También cayó abundante piedra, cuyos efectos se han sentido en Melgar y otros pueblos inmediatos, donde se han quedado destruidos viñedos y cereales y arrasados muchos campos.

Toda la documentación del registro civil de Villamediana ha sido salvada gracias al celo y arroyo del secretario de aquel Ayuntamiento Sr. González, que con grave riesgo de su vida consiguió poner los libros y legajos en paraje seguro.

El aspecto de los cadáveres que se van hallando, da claras muestras de la horrible

muerte que han debido sufrir luchando con el agua ó con los escombros.

Las ovejas muertas que se ven esparcidas por el campo pasan de 300, y en todo el pueblo se puede encontrar una sola gallina.

Noticias

El delegado de vigilancia del distrito del Congreso, Sr. Puga, tuvo noticias confidenciales de que varios paquetes de periódicos que se remiten á provincias no llegaban á su destino y eran vendidos en una tienda de ultramarinos como papel al peso.

En este sentido se formuló un denuncia ante dicho delegado por el secretario redactor del periódico titulado *Vida Nueva*, señor Jurado de la Parra, por ser muchas las reclamaciones que tenía por la falta del periódico á sus suscriptores.

Practicando averiguaciones por el señor Puga, supo que un ordenanza de Correos era el encargado de hacer la venta, y dando instrucciones al agente de vigilancia Vicente Sánchez, éste detuvo en la calle de Velarde á Manuel García Astilleros, ordenanza de la sección de reclamaciones del Correo Central, ocupándole varios paquetes del periódico *Vida Nueva*, un sin número de folletos y muchos ejemplares de periódicos que se publican en esta corte.

Formadas las oportunas diligencias, fueron remitidas éstas al juzgado de instrucción de guardia con el detenido y ejemplares ocupados.

Así no es extraño que muchos periódicos ó empresas estén recibiendo quejas de que no los reciben. También á nosotros se nos han quedado algunos suscriptores. ¡Es claro, se fítraban!

Ha llegado á Barcelona la familia del general Macías, procedente de Puerto Rico.

El *Diario Oficial* ha publicado un decreto de Guerra acerca del modo de premiar los méritos y servicios que contraigan los paisanos en las operaciones de guerra.

Según esta disposición, los paisanos podrán ser premiados con cruces blancas ó rojas del Mérito militar, estas últimas únicamente por hechos de guerra, entendiéndose como tales los servicios extraordinarios que se presten en descarrilamientos de trenes, explosiones de bombas y otros actos análogos provocados directamente por los enemigos ó rebeldes.

En los casos en estos servicios fueran heridos los paisanos, dichas cruces serán pensionadas con carácter temporal ó vitalicio, y si quedaran inútiles para el trabajo corporal gozarán de un retiro de tres reales diarios, retiro que se declara compatible con las pensiones de cruces del Mérito militar que disfruten, y que podrá trasmitirse á las familias de los recompensados si éstos fallecieren.

Los funcionarios públicos que presten servicios cerca de las empresas de ferrocarriles; los jefes, oficiales y celadores de telégrafos, y los demás que, con arreglo á las disposiciones vigentes que les sean apli-

cables, puedan y deban ser considerados como empleados civiles, á los efectos del artículo diez de la ley de ocho de Julio de mil ochocientos sesenta, percibirán el haber de retiro que corresponda con arreglo á dicho artículo, si se inutilizaran en acción de guerra ó á consecuencia de herida causada por el enemigo; estando en su puesto prestando el servicio de su clase ó por accidente producido por el enemigo, y también en caso de fallecimiento podrán esas pensiones ser legadas á sus familias.

En Ogrón (Logroño) un niño de doce años jugando con un revólver, mató á un hermanito suyo de once meses de edad.

La Revista Moderna

En el núm. 75 de este ilustrado semanario encontrará el lector los asuntos de más actualidad, á juzgar por el siguiente sumario.

«En la verberna de San Lorenzo» (cubierta), bajo relieve de E. Marin.—«La playa de Santander» (Vizcaya), fotografía de F. Monasterio.—«Comentarios», por Navarro Ledesma, con el retrato del príncipe Bismark.—«Por el camino» (artículo), por Alvaro L. Núñez; dibujos de Anselmo Guinza.—«La enfermedad del Rey Alfonso XIII», con las fotografías del augusto Mcnarca y el Dr. Candela, por Valentín Gómez, y F. Debas.—«La siega» (poesías), por Manuel Paso y una superior fotografía de Pérez Oliva.—«Un techo» por Benedito.—«Mecanis y sus monos» (artículo), por Alejandro Larubiera, con el retrato del infortunado caricaturista é infinidad de grabados.—«Correo interceptado», magníficas fotografías de Castillo (Sevilla).—«Cautares», por N. Díaz Escovar; dibujo de Alcalá Galiano.—«España y los Estados Unidos: La paz», con los retratos de de Mac-Kinley y Mr. Cambon.—«La censura y los censurados», profusión de fotografías de varios directores de periódicos y el general Chinchilla, por Debas, Varela, Alviach y viuda de Debas.—«Y va de cuento», por Gascón.—«Baturillo».—Novela entre los anuncios.

Véndese al precio de veinte céntimos en todos los puestos de periódicos.

Las vecinas de la casa número 4 duplicado de la costanilla de San Pedro fueron ayer testigos de un triste suceso.

Serían las diez y media cuando se dejó oír un ruido parecido al que produce el choque de un cuerpo humano sobre el pavimento. María Alonso y Julia del Peso, vecinas de la casa citada, salieron al patio, en donde encontraron tendida y con una herida en la región parietal derecha, á Hipólita Gutiérrez, de 73 años de edad é inquilina del cuarto segundo.

Se apresuraron á socorrerla, trasladándola al piso que habitaba en compañía de unos sobrinos, los cuales estaban ignorantes de lo sucedido.

Avisado el médico de la casa de socorro respectiva, se presentó en el lugar del suceso, pudiendo apreciar el gravísimo estado de la paciente, la cual dejaba de existir á los pocos momentos.

Hay quien cree que no se trata de un suicidio, sino de un accidente puramente casual, y los que tal opinan, se fundan en que Hipólita Gutiérrez no tenía aparentes motivos para atentar contra su vida, y que lo ocurrido no se debe á otra causa que al haber perdido

784

rogando á Mahoma rogase á Alá que nos destruyese, confundiese y acabase; y cuando por habernos hecho á la vela no pudimos oír sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo: mas una vez esforzó tanto la voz, que pudimos entender que decía:

Vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono; entrega á esos hombres ese dinero que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desieta arena dejará la vida si tú le dejas.

Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentía y lloraba, y no supo decirle ni responderle palabra, sino: Plega á Alá, que Lela Mária, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te conenele en tu tristeza.

Alá sabe bien, que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y buedarme en mi casa, me fuera imposible, según la prisa que me daba mi á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas mala por mala.

785

Esto dijo á tiempo que ni su padre la oía, ni nosotros ya le veíamos; y así consolado yo á Zoraida, atendimos todos á nuestro viaje, el cual nos lo facilitaba el propio viento, de tal manera, que bien tuvimos por cierto de vernos otro día al amanecer en las riberas de España.

Mas como pocas veces ó nunca viene el bien pure y sencillo sin se acompañado ó seguido de algún mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra mala ventura, ó quizá las maldiciones que el moro á su hija había echado, que siempre se hrn de temer de cualquier padre que sean, quiso digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecía, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timón, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca que nos fué forzoso amainar por no embestirle, y ellos asimismo hicieron fuerza de timón para darnos lugar que pasásemos.

788

arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenían intención de tratar en algunos puertos de España con nombre de bretones, y si no nos llevaban vivos serían castigados, siendo descubierto su hurto; más el capitán, que era el que había despojado á mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenía, y que no quería tocar en ningún puerto de España, sino irse luego de camino y pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como pudiese, hasta la Rochela, de donde había salido.

Y así tomaron por acnerdo de darnos el esquif de su navio, y todo lo necesario para la corta navegación que nos quedaba, como lo hicieron otro día ya á vista de tierra de España, con la cual vista y alegría todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si propiamente no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de haber alcanzado la libertad perdida.

Cerca del medio día podría ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algún bizcocho; y el capitán, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima

781

y embarazoso que traía no le entrevistara un poco sobre el agua.

Dió voces Zoraida que le sacasen, y así acudimos luego todos, y asiéndole de la almofala, le sacamos medio ahogado y sin sentido, de que recibió tanta pena Zoraida, que como si fuera ya muerto, hacía sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvínosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hacia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte, que llegamos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio ó cabo, que de los moros es llamado el de la Cavá rumia, que en nuestra lengua quiere decir la mala mujer cristiana; y es tradición entre los moros, que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque cava en su lengua quiere decir mujer mala, y rumia cristiana; y aun tienen por mal agüero llega allí á dar fondo cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fué abrigo de mala mujer, sino puer-

